
EL PATRIOTA COMPOSTELANO.

MIÉRCOLES 2 DE ENERO DE 1811.

*Continuacion de las reflexiones generales sobre
la revolucion española.*

Esto es lo que únicamente puede explicar los errores groseros cometidos en la elección de las Juntas. Los primeros que se ofrecieron al pueblo tumultuario, estos fueron elegidos para gobernar las provincias. Pusieronse ciegamente en sus manos, y ni el pueblo supo que facultades habia dado á sus representantes. El nombre de FERNANDO VII les hizo creer e autorizados á ejercer un ilimitado despotismo, y no olvidaron imitar con guardias y con todo el esplendor que pudieron, el que ellos habian admirado en el trono.

En vez de excitar las Juntas, impropriadamente llamadas populares, el ardor revolucionario que pudiera haber salvado á los españoles de las manos de Bonaparte, tuvieron todo su empeño en extinguirlo. Guardaron religiosamente el orden antiguo, porque sólo apetecian disfrutar los honores vanos, llevando la ridiculéz hasta decretarse ellos mismos los títulos de *Excedencia* y *Alteza*. Este sistema debia dexar á la España en su antigua rutina, quando mas necesitaba de poner en agitacion los principios enérgicos que empezaban á hervir en su seno, quando necesitaba que un verdadero trastorno hiciese aparecer los hombres nuevos que unicamente podian salvarla. Si atendamos al primer objeto, que en este caso debió ser la guerra, veremos á las Juntas seguir un sistema igual al anterior en dispensar los grados militares, si no es en quanto le excedieron en prodi-

garlos á sus parientes y amigos. Las Juntas provinciales erigieron que tenían ejércitos invencibles porque los que formó el primer impulso del pueblo lo fueron verdaderamente: atribuyeron á su propio saber lo que solo fué efecto del ardor popular que animó á los soldados; pero era imposible que destruyendo, como ellas destruyeron, el origen de nuestras primeras victorias, esto es el ardor popular, con que se ganaron las vicéramos otra vez repetidas. Aquel entusiasmo que dispone al soldado á conocer, á ayudar, á seguir al oficial de mérito; aquella opinion irresistible que va elevando de grado en grado al que manifiesta las disposiciones naturales para brillar en la guerra, solo se encuentra en un ejército que renueva su espíritu militar con el espíritu público de sus concidadanos. Mas ¿que espíritu público había de existir existiendo las Juntas? Retiradas de la vista del pueblo para sus deliberaciones, apenas pasó el primer peligro quando se emplearon en objetos fútiles, agitando solo por la preferencia ó la soberanía. ¿No admira el ver que en una revolución como la española, tan popular en su origen, jamas se haya admitido ni un oyente á las discusiones de los intereses del pueblo? Las Juntas el día despues de su instalacion usaron del mismo misterio, de las mismas travas contra la opinion, que el gobierno que acababa de ser destruido. ¿Como, pues, podian aparecer los talentos, como salir á luz los hombres que dirigiendo con génio superior los negocios políticos, sosteniendo el espíritu general y encaminándolo á la defensa del Reyno, fuesen desde la plaza pública el origen de sus victorias? ¿Como sin haber permitido ni un solo día la apetecida, la indispensable libertad de la imprenta, pudo ilustrarse un pueblo sumergido de tiempo inmemorial en la densa atmósfera de la tiranía?

La imposibilidad en que las Juntas pusieron á la Nacion de volver á tener influxo en los negocios públicos, no solo la privó de la gloria que pudieron darla los hombres que quedaron oscurecidos, sino que directamente la llevó á su ruina, poniéndola en manos del mas miserable de todos los gobiernos.

Una de las desventajas de la revolucion española es no haber empezado en la capital, comunicandose desde alli, y dirigiendo la de las provincias. El movimiento de estas no pudo tener unidad sino en su obieto. Rotos los lazos de dependencia y comunicacion, que hacen concurrir las partes de un Reyno con el centro de sus operaciones, la maquina se descompone en una porcion de fragmentos, que organizandose cada uno de por sí á su manera, pierden gran parte de la fuerza que debería darles el comun enlace.

España es víctima en gran parte de esta circunstancia de su revolucion. Las Juntas se deslumbraron con la independencia, y nada hubo que pudiera sacarlas de su ambicioso delirio. Apenas las nuevas de gente que se habian reunido baxo cada una, hubieron hecho huir á los franceses, quando la desorganizada maquina de España cesó de repente su movimiento. Ya en este tiempo no dexaban de presentir las Juntas que; ó habian de romper unas con otras, ó habian de tratar de uniformarse de algun modo. Se ha preguntado varias veces ¿ qué hicieron despues de la batalla de Baylen? bien sencilla es la respuesta: observarse mutuamente para que ninguna se antepusiera á las otras. Hervia la intriga secreta entre las Juntas, en tanto que el pueblo se adormecia poco á poco. Engañado groseramente con las noticias que las Juntas circulaban, se miraba como traidor al que creía posible que Bonaparte traxese nuevas fuerzas contra España. Pero estas fuerzas se acercaban, y tanto el miedo que empezaban á concebir de ellas, como un resto de respeto á la opinion pública, que se declaró en Madrid por un censo de gobierno, obligó á las Juntas provinciales á formar la central, la mas monstruosa de todas.

Los centrales se reunieron en Aranjuez, y los buenos patriotas que estaban temerosos de una division en las provincias, concibieron esperanzas al ver reunidos á los que se llamaban sus diputados. El deseo de union que se manifestaba en la opinion pública los favoreció para sus intentos; y fiados en el secreto con que se les habian dado

los poderes, se erigieron en soberanía, burlándose de las Juntas, que hubieran incurrido en la indignación pública, si con reclamaciones y protestas se hubieran atrevido à perturbar la union que se creía cimentada. De este modo fueron ellas mismas oprimidas por el secreto que con tanto afán establecieron en su gobierno y deliberaciones.

Quedó la Junta central instalada. Si la pluma hubiera de seguir el impulso que la indignación le presta, estas reflexiones, que solo se dirigen à sacar fruto de la experiencia, se convertirían en la más amarga invectiva; pero tanto gravado ha quedado en todos los Españoles el odio hacia esta corporacion desatinada, para que nos parémos en atizarlo después que ella no existe. La Junta central suprema empezó como todas las otras, consagrando el error y perpetuando la ignorancia. La casualidad le hizo valerse de una pluma eloqüente; oyécela hablar con dignidad, que es todo lo que pudo prestarle el instrumento de que usaba; pero en sus dichos propios desputaba la vanidad y la ignorancia. En tanto que decretaba quinientos mil infantes y cincuenta mil caballos, se entretenia con el título de Magestad, é ignoraba ó fingía ignorar el estado miserable de los éxércitos españoles y los refuerzos que recibían los franceses.

Ponferrada 24 de Diciembre.

“Un vecino de Leon, que habitaba en la plaza de S. Pedro, escribe que ha tenido que dexar su casa para los franceses y españoles degenerados que se refugiaron à dicha plaza, cerrandola con fuertes puertas, por el justo temor de ser sorprendidos por nuestras partidas, que todos los días asoman à dicha ciudad, principalmente la de Bourbon.”

CON SUPERIOR PERMISO.

EN LA OFICINA DE D. MANUEL ANTONIO REY.